

**EDUARDO  
KOVALIVKER**

**UN  
GRANADERO  
GUARANÍ  
Y OTROS  
RELATOS**



**EDUARDO  
KOVALIVKER**

**UN**

**GRANADERO**

**GUARANÍ**

**Y OTROS**

**RELATOS**

 Planeta

1

## HISTORIAS DE FANTASMAS

## **Clotilde.**

### **El fantasma de “El despertar”**

“El Despertar”, una chacra de Open Door, “El pueblo de los locos”, tiene su fantasma.

En ese pueblo ubicado en el departamento de Luján se encuentra un gran establecimiento para enfermos mentales construido a principios del siglo XX. Algunos dicen que el fantasma viene de allí y se llama Clotilde. Se presenta como una joven hermosa. Viste una túnica blanca, y algunas veces deambula por la chacra ante el asombro de los visitantes ocasionales y los trabajadores del establecimiento.

Esta es su historia.

Quiero agradecer al joven escritor Santiago Frutos por su aporte para el final de este cuento.

\* \* \*

Ya van a ser once años que compré “El despertar”, una chacra en Open Door, cerca de Luján. Famoso el pueblito, pues allí se encuentra un gran establecimiento para enfermos mentales construido a principios del siglo XX.

En la zona lo llamaban “El pueblo de los locos”, y los internados trabajaban un campo de más de quinientas hectáreas donde producían todo tipo de alimentos y realizaban un sinnúmero de actividades útiles para su reinserción en la sociedad.

Fue un exitoso experimento, único en el mundo, que, como tantas otras cosas de la Argentina, terminó arruinado por cien años de gobiernos desastrosos (salvo algunas excepciones).

Bueno, esto no lo iba a escribir, pero, cosa de viejo, de chismoso tal vez... empiezo queriendo contar una cosa y termino relatando otra, y al final ni me acuerdo qué era lo que en realidad deseaba decirles.

¡Ah! Ya sé qué era: porque algunos decían que Clotilde venía de allí.

La casa donde vivo tiene pisos y paredes de madera, techo de chapa, con baños y cocinas de cemento y mampostería. Es parecida a las que se ven en las películas de los *farms* de Estados Unidos. Gran salón y comedor en planta baja, y habitaciones con vista fantástica en el primer piso. Ventanales de madera y vidrio circundan todos los ambientes, y por ellos entran al galope la luna, el sol, los pájaros y los árboles.

La historia comenzó hace alrededor de dos años. Habíamos contratado un guardián, pues se habían producido unos robos en algunos campos vecinos; el hombre tuvo que dormir en el salón. Apenas amaneció, se dirigió a la cocina, donde estaba Natacha, el ama de llaves de la casa. Nati nos contó que el

hombre irrumpió como una tromba, estaba pálido y asustado.

—¡Blanco como los azulejos del baño, señor!  
—dijo.

Con voz entrecortada, el hombre le contó que unas horas antes del amanecer había visto una mujer vestida con una túnica blanca paseando por la galería, que cuatro veces fue y volvió, pero que no podía verle la cara porque tenía el cabello rizado muy largo y nunca giró la cabeza hacia el ventanal. Y que, cuando concluyó la última pasada, se alejó en dirección al pueblo. Agregó que la hamaca paraguaya que colgaba en la galería se había estado meciendo hasta hacía solo unos minutos, a pesar de que no había viento.

—Dígale al patrón que no vuelvo nunca más, no importa lo que me pague, yo puedo lidiar con hombres, incluso matarlos, pero no puedo hacer nada con las almas en pena ni con los fantasmas de los locos del pueblo.

Unos días más tarde, estando la casa vacía, pues Natacha y Aníbal —el capataz— se habían ido al pueblo, sucedió algo extraño. Al regresar vieron que los tres ventanales del salón estaban manchados con sangre y tenían también algunas plumas pegadas. Lo atribuyeron a un pájaro carpintero que peleó contra su imagen reflejada en los vidrios (cosa que suele suceder, dijeron).

Yo llegué a la casa casi al mismo tiempo y observé los rastros, buscamos en las cercanías al pájaro

herido o muerto, pero no lo encontramos. Volví a observar los vidrios y pensé: “Más que un pájaro, esto debe haber sido un cóndor”, pues era mucha la sangre que manchaba el ventanal y el piso de la galería.

Pasaron los meses y nos olvidamos de la historia, pero hace aproximadamente un año comenzaron nuevamente los episodios inexplicables.

Elena, la hija de Natacha, vino en el verano a acompañarla. Les dije que podían usar todas las habitaciones de la casa porque yo me iría a Uruguay durante enero y febrero. Trajo sus niños y se alojó en mi habitación. Allí la visitaba una mujer, ella la presentía y a veces alcanzaba a verla: era joven y vestía una túnica blanca. ¿Era la misma que había visto el guardián? Elena es medio vidente y, según la madre, también es medio bruja, y les dijo a todos que la muchacha se llamaba Clotilde, que era alta, muy esbelta, y una tenue sonrisa parecía asomar en su rostro. Y que no tuvo miedo, pues nunca se mostró hostil.

Cuando volví de las vacaciones, inmediatamente Natacha me tiró encima toda la aventura, mientras Aníbal asentía con la cabeza. Pensé que el sol del verano les había quemado las neuronas, pues nunca usan gorra o sombrero cuando trabajan.

Yo tenía cierta amistad con Francisco, el dueño del campo vecino. Allí se encontraba el viejo casco de la mansión del que había sido el dueño de todas estas tierras; era primo de Juan Manuel de Rosas. Durante más de ciento cincuenta años la familia

conservó el feudo, pero debido a las herencias, a lo largo de los años la gran estancia se convirtió en pequeñas chacras. Estas, a su vez, fueron subdivididas y vendidas en parcelas a gente que ya no pertenecía a la familia.

Francisco era descendiente directo de aquel estanciero. Hace unos días lo encontré revisando unos caballos cerca del alambrado y lo invité a comer. Tenía curiosidad por saber si conocía algo de estos extraños personajes que visitaban mi casa. Cuando terminamos de comer pasamos al living y nos sentamos frente a la chimenea. Cuando Natacha nos sirvió el café Francisco me dijo:

—¿Sabes que yo viví en esta casa desde que nací hasta los once años?

—Sí. Yo se la compré a un financista que se la embargó a un doctor, que a la vez se la había comprado a tu madre.

—Efectivamente, es así. ¿Y sabes, además, que gran parte de los muebles que hay en esta casa eran de mi familia?

—Sí, también sé que tus padres estaban pasando una situación económica difícil porque se habían separado. No recuerdo bien. Y que el comprador les dijo que quería hacer la compra “a tranquera cerrada”, con todos los muebles y adornos de la propiedad, pues le gustaban mucho y no tenía interés ni tiempo para volver a decorarla.

—Es exacto, y mis padres aceptaron. Tal vez necesitaban obtener el máximo de dinero posible... no



lo sé. —Y continuó—: Esa colección de floretes de esgrima que están en la pared arriba de la chimenea era de mi bisabuelo Simón.

—¿En serio? ¡No puedo creer que hayan tenido que desprenderse de algo que tiene tanto valor sentimental!

—No te vayas a reír, pero la familia estaba podrida de Clotilde.

Me puse blanco, con voz baja le pregunté:

—¿Y quién es Clotilde?

—Era la novia de Simón.

—Explícame bien, porque yo escuché que por aquí anda un fantasma que lleva ese nombre.

Y volví a llenar las copas con coñac.

Lanzó una carcajada y me dijo:

—Vas a tener compañía para siempre, pero no te preocupes, los que la conocieron cuentan que era hermosa, inteligente, y buena como el pan de Dios. Espero que no se enamore de vos, porque además es un poco celosa.

—¿Me estás jodiendo...? Contame cómo es este delirio, ¿qué pasó?

Y esto fue lo que me contó:

—Simón y su grupo de amigos eran juerguistas y bebedores importantes, y además fanáticos de la esgrima. A veces, para divertirse, totalmente borrachos se ponían a espadear. Desgraciadamente, producto de la borrachera, algunos terminaban enojándose y espadeaban en serio, y en el afán de vencer herían al amigo.

”Isidoro era uno de ellos, se enfrentó con Simón y en cinco intentos no había conseguido tocarlo; este no lo atacaba, solo lo esquivaba y se reía, burlándose. El otro, fuera de sí, le gritó: “¡Ahora, con las que tienen punta, cobarde!”. Tiró la de entrenamiento, tomó dos de las que están aquí —y señaló con el dedo las que estaban delante de nosotros, encima de la chimenea— y le arrojó una a su amigo. Él la barajó en el aire y le gritó: “Pará, Isidoro, ¿estás loco? Nos podemos matar”. “¡Eso es lo que quiero, maldito!”, le dijo y se largó furioso al ataque.

”Simón retrocedió, pues no quería combatir por temor a herirlo, pero tropezó con el sillón que estaba detrás de él y cayó al suelo. Clotilde percibió el peligro y se le arrojó encima para protegerlo; pensó que así Isidoro no se animaría a atacarlo. Pero él, parado casi encima, ya había lanzado la estocada final al corazón de su amigo...

”El acero pasó limpiamente entre las costillas y perforó el corazón... de Clotilde, que se encontraba cubriendo el pecho de su amado.

Me quedé sin palabras. Francisco se levantó, se acercó a los floretes, sacó uno, me lo puso en la mano y me dijo:

—Este fue el que atravesó el corazón de Clotilde. Ahí tuve la certeza de que ella estaba en la casa.

Esa misma noche, no sé si fue porque estaba sugestionado por la historia, pero me pareció escuchar pasos que hacían crujir los escalones de madera. Creo que ya les conté que mi cuarto queda en el

primer piso, y cuando me voy a acostar tranco la puerta por dentro y pongo mi pistola Glock 9 mm sobre la mesa de luz. No es para cazar murciélagos ni cucarachas, es por las dudas... Hay tanta alimaña humana suelta en estos días... ¿vio?

Bueno, continuó... (Otra vez me fui para cualquier lado, qué barbaridad...) Tomé silenciosamente el arma, le saqué el seguro y esperé. Pasaron varios minutos y no volví a escuchar nada.

Me estaba volviendo a quedar dormido cuando golpearon a la puerta cuatro veces seguidas, pegué un salto y quedé agachado en posición de tiro, oculto en parte por la cama. Permanecí en silencio unos minutos y comencé a reflexionar: los perros no chumbaron ni sonó la alarma... aquí no hay nadie... será la Cloti, carajo... Sonreí y me dije: mirá lo podrido que tenés el cerebro que se te ocurren estas estupideces.

No tenía sueño, prendí el velador, leí un poco y me quedé dormido. Me levanté con buen ánimo, corrí las cortinas y miré el cuarto inundado por el sol de la mañana. Arriba de la cómoda tengo tres maquetas de autos de colección, y me pareció que la del medio, una Ferrari 365 roja, se estaba moviendo. Cuando le fijé la vista, tomó velocidad, se cayó de la cómoda y se estrelló contra el piso. La levanté, no se había roto nada. ¡Qué suerte!, pensé; había una pequeña inclinación, pero jamás se habían caído.

¿Clotilde otra vez? En voz alta exclamé:

—Cloti, yo nunca te molesté, me dijeron que sos muy linda y que tenés buena onda, si te puedo ayudar en algo, aquí estoy.

A partir de ese día comenzó a golpearme la puerta suavemente. A la tercera noche que me despertó dije en voz alta mirando el techo:

—Cloti, saludame al amanecer porque me cuesta, en mitad de la noche, volverme a dormir.

Desde ese día, cuando los rayos del sol asomaban, ella llamaba a mi puerta.

Vivía en paz y alegre con mi fantasma secreto. Creo que me estaba enamorando. No hablé más de ella con Natacha ni con el resto de la gente, pues pensarían que me estaba volviendo loco y otros dejarían de venir de puro cagones nomás.

Pero todo comenzó a complicarse el día que mi amiga Isabella vino a pasar el fin de semana conmigo (al marido le correspondía ocuparse esos días de las nenas). A la noche, luego de una comida buena, de un vino mejor y una peli de Netflix, nos fuimos a mi dormitorio. Hicimos el amor desplegando todo nuestro erotismo y después me dijo que iría a dormir al cuarto contiguo. Estuve de acuerdo, pues creo que, para dormir... solos, para hacer el amor... juntos. La inversa es dormir mal y masturbarse, creo que no es lo mejor, pero cada cual hace lo que le parece...

A las dos de la mañana Isabella abrió la puerta, se zambulló en mi cama y dijo:

—Edu, hay muchos ruidos raros al lado. Cuando prendí el velador vi que la ropa que dejé en la

silla estaba tirada en el piso y en el baño están mis cosméticos desparramados por todos lados.

—Calmate, debe ser el gato de Natacha que se metió en tu cuarto, es muy curioso y revuelve todo, me tiene podrido.

Al rato pudo conciliar el sueño y se durmió pegada a mí, lo que me perturbó pues yo no pude conciliar el sueño así.

A las nueve, con el sol ya asomado, bajamos a tomar el desayuno. Natacha nos recibió alegremente con frutas, café y un montón de cosas para comer y tomar, que a mí en general no me interesan para nada. Es más, les tengo bronca a esos desayunos delirantes.

Le dije:

—¡Qué bien, Nati, genial!

—Ya sé que a usted no le gusta comer a la mañana, pero es todo para la invitada —me contestó, sonriéndole a Isabella.

—Qué chupamedias —agregué.

—¿Durmieron bien? —preguntó.

—Yo no tanto, tu gato armó un lío bárbaro en mi cuarto y en el baño —se adelantó a contestar Isabella.

—No le eche la culpa al gatito porque durmió toda la noche al lado mío, y además yo siempre cierro mi cuarto desde el día que nos robaron. Él no fue, debe ser esa fantasma que es amiga del señor.

—¿Está segura que su puerta estaba cerrada?

—Ciento por ciento —contestó Nati medio ofendida y rumbeó para la cocina.

Cuando terminamos el desayuno mi amiga me tomó del brazo y dijo:

—Caminemos un rato, quiero ir a la laguna.

Estábamos a mitad de camino, ella seguía colgada de mi brazo, de pronto se detuvo, se paró delante de mí y largó:

—A ver, contame, ¿qué es eso de la fantasma amiga tuya?

—Ja, ja, estupideces que le cuento a Nati para divertirme.

—Pero, ¿qué le decís?

—Nada, que aquí vive el espíritu de una chica a la que mataron con uno de los floretes que está colgado en el salón

—¿Pero es cierto que la mataron con esos fierros tan finitos? Me estás jodiendo...

—Hace varios siglos atrás se usaban mucho para pelear, y créeme que esas mierditas con punta, como las denominás, mataron mucha gente. El episodio es real, pero decir que aquí habita el fantasma de la joven es invento mío.

—Ah, está todo claro, pero decime, entonces: ¿quién mierda armó todo ese quilombo en mi cuarto?

Me di cuenta de que Isabella estaba perdiendo la paciencia, parecía que le salían chispitas de los ojos. Traté de hacerme el componedor; mejor dicho, el idiota (lo que no me cuesta mucho) y le contesté:

—Mi amor, la verdad que no se me ocurre. ¿No serás sonámbula?

—Mirá, no sé si soy sonámbula, pero vos no tenés vergüenza, sos un caradura. No sé quién andará por aquí. Sos un mentiroso, si escondés alguna amante es un asco y si de veras es una aparecida, es de terror, me voy ya.

Y se volvió trotando a la casa.

—Pará, Isabella —le grité—. Volvé, hablemos.

Cuando llegué a la casa, en tiempo récord ya había metido sus bártulos en un bolso y puesto en marcha el auto. Y como diría un gaucho: “enfiló pa’ la tranquera y se jue pa’ su rancho”. En realidad, su casa, de rancho, no tiene nada; es un flor de piso de “un palacete central”, como dice el tango.

No me hice mucha malasangre, Isabella no era mi preferida pero estaba enojado con Cloti porque, si se llegaba a correr la bolilla, ninguna novia, amiga o amante iba a querer venir a estar aquí conmigo. Esta noche le hablaré, a ver si de una vez se pone las pilas y me contesta. A estos fantasmas de ahora no los entiende nadie.

Trataría de ponerme en contacto con ella y explicarle la situación: si continuaba con el asedio, el lugar perdería el encanto, pues mis amigas dejarían de venir y yo me alejaría del campo.

Esa noche me quedé despierto hasta la medianoche mirando una película, estaba decidido a hablarle a Cloti, pero me daba un poco de miedo pasar de los juegos y cuentos que me divertían a la realidad de hablar en serio con un espíritu o algo así... qué sé yo.

Me acosté, apagué el velador y durante unos minutos permanecí despierto en la oscuridad sin decir una palabra. Finalmente me decidí a hablar:

—Hola, Cloti... estoy tratando de comunicarme con vos. Creo que para convivir en la casa debemos ponernos de acuerdo en algunos temas.

Silencio absoluto... Bueno, estoy hablando al pedo, mejor me duermo y chau, pensé.

Había dejado la puerta abierta de la habitación y percibí que ella estaba entrando.

“Y ahora cómo sigo”, pensé, y me largué a hablar:

—Creo que no me vas a hablar nunca y me duele pensar que nunca te veré, pero si me estás escuchando golpea dos veces.

Toc, toc.

Clarito lo escuché, me cagué hasta las patas, pero continué:

—Ok, bienvenida. Te haré preguntas, contestarás con dos golpes si es “sí” y con cuatro si es “no”. Y si no quieres, no sabes o no puedes, guardarás silencio. ¿Estás de acuerdo?

Toc, toc.

—¿Puedo llamarte Cloti en vez de Clotilde?

—Toc, toc.

—Trataré de que mi vecino —el pariente de Simón— busque fotos familiares antiguas, tal vez te encuentre en alguna. ¿Te gustaría que lo haga?

—Toc, toc.

—Ok. Debes de haber sido muy linda si deseás que te conozca, ¿verdad? Ja, ja.



Tardó un poco en contestar, se había avergonzado... si es que lo fantasmas se avergüenzan... Pero finalmente el toc, toc se escuchó.

—Quisiera hablarte, en primer lugar, de las amigas que me visitan y se asustan por tu comportamiento. ¿Puedo hacerlo?

Toc, toc, toc, ¡toc!

El último golpe sonó mucho más fuerte. Evidentemente, no quería saber nada de que vengan, no pensé que los fantasmas eran celosos.

Me desperté temprano y corrí las cortinas de los ventanales del cuarto. La primavera se acerca y los días son más largos y templados, los pájaros eligen sus parejas y construyen sus nidos. ¿Y saben qué ocurre? Han elegido el amplio jardín que se extiende por debajo del ventanal hasta el monte cercano para reunirse y aparearse. Se pelean, gritan, graznan y se montan arriba de sus compañeras. Una fiesta de sexo, una joda. ¿Me las habrá mandado Cloti?

No importa, incluso me gusta ver tanta vida, tanta naturaleza queriendo continuar con sus mandatos. Va... hablando en reo... tanto tero, tanto chimango, tanta cotorra, tanto pajarito copulando...

Me hace acodar al patio de la Úrsula Amaranta, la amante de Aureliano Buendía; allí los animales se apareaban todo el día. ¿Se acuerdan de *Cien años de soledad* de García Márquez?

¡Otra vez me voy por las ramas!... qué disperso que soy. Bueno, volviendo al tema, después del desayuno enfilé para la tranquera del vecino, allí donde

dicen que vivía el novio de Cloti. Enseguida lo encontré a Francisco; andaba mateando de temprano, le acepté el convite y le entramos a dar al amargo. Me fui derecho al grano y, al tercer mate, le pregunté:

—¿No habrá en la casa alguna foto antigua de Clotilde? Tal vez de este Simón también.

—Vení, vamos a la biblioteca, allí hay viejos álbumes con fotos de eventos familiares.

La biblioteca de la vieja casona era un espacio de quince metros de largo por cinco de ancho, recubierto en su totalidad por anaqueles. Incluso arriba de los dinteles de puertas y ventanas, por donde entraba luz natural pero no el sol, había libros. A partir del atardecer, tres grandes arañas daban la luz necesaria para leer cómodamente.

Literatura de todas partes del mundo había sido seleccionada por la familia durante varias generaciones, todos los libros estaban perfectamente encuadernados: geografía, historia universal, ensayos, novelas, poesías, en fin... el mundo estaba allí presente.

—Acercate, aquí hay algunos álbumes con fotografías familiares.

Me acerqué a los estantes, ahí estaban seleccionadas por épocas de aproximadamente diez años cada una. Las primeras databan de finales del siglo XIX, las últimas eran fotos que tenían una antigüedad de aproximadamente veinte años.

En este siglo, los herederos se habían dispersado y muchos se habían empobrecido, sin embargo,

una parte de ellos había continuado con el enriquecimiento y el cuidado de la biblioteca.

Tomamos los primeros álbumes que correspondían a finales del siglo XIX y principios del XX. Ahí encontramos fotos de Isidoro haciendo esgrima y otros deportes, y otras de espléndidas fiestas de esa aristocracia a la cual pertenecían.

En una de las fotos él estaba con una morocha de cabello largo hermosísima. Francisco no tuvo que decirme nada, algo en mí sabía que ella era Clotilde.

—Clotilde, ¿verdad? —le pregunté para corroborar lo que ya sabía.

—¿Cómo te diste cuenta? Hay varias chicas ahí. Casi sentí que ella me saludaba desde la foto...

—Intuición nomás...

—¡Ajá!, te lo dijo la foto... ¿Te creés que soy tarado?... ¿Cómo lo supiste?

—No, no fue por la foto, creo que fue el espíritu de Cloti que lo puso en mi mente.

—Tomatelá, Edu..., estás medio loco y tengo que vigilar cómo yerran a los caballos.

Se dio media vuelta y me dejó solo en el salón.

Miré la fotografía y dije en voz alta:

—No te entristezcas, Cloti, haré algo por ti, ya se me ocurrirá.

Empecé averiguando por el pueblo si alguien sabía algo de esa muerte, y así di con Facundo, el único descendiente de Isidoro que vivía en Open Door.\* Su

---

\* Continuación del cuento escrita por Santiago Frutos, con la colaboración de Eduardo Kovalivker.

pequeña morada era humilde y algo lúgubre; él, alto y fornido, aunque con un rostro febril.

Me presenté. Sus ojos solitarios miraban con un recelo sofocante, hasta me asusté un poco —para qué mentir—, pero cuando mencioné a Clotilde su ánimo cambió radicalmente e hizo seña de que pasara.

Me senté en un futón desgastado y él, frente a mí, en su sencillo banquito gauchesco hecho de mimbre. Quise continuar, pero se me adelantó:

—No sabe cuánto esperé esto. Yo siempre estuve solo. Mi abuelo, el hijo de Isidoro, murió joven y mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años; dicen que se fue con otra mujer. Yo lo lloré mucho y nunca lo pude entender. Mi madre me dejó cuando cumplí quince años, desde entonces mi mejor amiga ha sido Clotilde, la yegua que vio en la entrada. Mi querida madre... Bueno, fue su último regalo, para ahorrarle el tiempo: ¡parece que los Larralde somos de vida corta che! Ella era demasiado buena como para andar sola. Recuerdo, algunas noches silenciosas, de mucho frío, en las cuales ella iba a una de las caballerizas donde guardábamos esas cosas que uno no sabe bien dónde meter y volvía con un cuadro enorme de una virgen que había pintado mi bisabuelo Isidoro. Nos quedábamos mirándolo por horas, al calor de la leña y del mate, y luego lo devolvía a su lugar... Yo creo, sabe, que se murió de tristeza.

—Una virgen... ¿Era muy devoto Isidoro?  
—pregunté.

—Lo único que sé de mi bisabuelo —esgrimió Facundo con una emoción que desbordaba de sí— es que después de esa muerte innecesaria dejó el campo que tenía en San Antonio de Areco y se estableció aquí. Gastó toda su plata abriendo un hospital, que pronto se convirtió en un loquero, puesto que él mismo estaba loco. La gente decía que se lo veía mascullando a solas todo tipo de cosas. De él no nos quedó la fortuna, pero sí este ranchito, el cuadro del que le hablé, y una carta que escribió cuando se acercaba su muerte. Si quiere, me acompaña y se la doy, así la lee por su cuenta.

Leí la carta. Se me secó la garganta. Tomó el cuadro y lo puso frente a mí. No era una virgen; era Clotilde. Estaba radiante y lucía una amplia sonrisa. Yo ya la había visto en las fotos de mi vecino.

En general, no me cuesta decir las cosas de frente, aunque es cierto que trato de evitar los dramas porque no me interesan. Esta vez, sin embargo, no fue nada fácil para mí explicarle lo que había ocurrido entre Isidoro, Simón y Clotilde.

Esa noche comimos unas liebres acompañadas de vino y derramamos algunas lágrimas. Me dijo que a la mañana siguiente vendría a la estancia.

Volví ebrio. Mientras pensaba qué libro leer, me quedé dormido en el sillón del living.

Me gustaría decir que el sol y los pájaros me despertaron con su acostumbrada suavidad, pero no, fueron las carcajadas de Natacha al notar la resaca que tenía.

—Tenga cuidado, don Eduardo, no se me vaya a tropezar, ja, ja!

La mañana era fresca y traía aromas de campo. Al rato, Facundo llegó montado en la yegua, traía consigo el cuadro y la carta. Entramos a la sala principal y colgamos el retrato de Clotilde sobre la pared de la chimenea.

—¡Qué hermoso cuadro! Ya era hora de que se ponga a decorar un poco la casa después de tanto tiempo... —comentó Nati.

—Clotilde —empecé—, escuchame, este hombre que vino conmigo es el bisnieto de Isidoro.

Se empezaron a escuchar ruidos por toda la casa, cada vez con mayor intensidad. Natacha y Facundo palidecieron.

—Por favor, escúchalo un momento —continué.

—Hola, Clotilde, me llamo Facundo. Nunca supe mucho de usted ni de Isidoro. Recién ahora estoy entendiendo por qué mi madre le puso su nombre a la yegua que me regaló. Ella seguramente conocía la historia, pero nunca me la había contado. Eduardo me puso al tanto de todo cuando le mostré el cuadro que acabamos de colgar. Él dice que la quiere mucho. Evidentemente, usted tuvo una gran influencia en mi familia. Este cuadro lo hizo mi bisabuelo Isidoro. Creo que tiene que escuchar la carta que él le escribió, enloquecido por la culpa, antes de morir.

El silencio invadió la casa. Facundo no parecía ser un gran lector por lo que vi en su casa, pero tras

cavilar un momento leyó la carta con la firmeza y la decisión que jamás tuve yo para leer mis poesías:

Eterna Clotilde,

Me arrodillo ante ti y ante el mundo, por el daño que he causado. El fin de tu luz fue el fin de mi luz. El cielo se me volvió negro, y quedé encerrado en la máxima oscuridad, y a tientas busqué respuestas dentro de mí. Me la pasé pensando y pensando. Descubrí que el dolor era irreparable, pues en mi vida nunca había estado despierto, y aunque dejase el alcohol y las juergas, mi alma estaba arruinada. Siento que nunca estuve vivo y que anduve cegado por vanos deseos.

Mi último gran deseo fuiste tú. Siempre te quise. Quizá lo que más me gustaba eran tu alegría y tus ganas de vivir. Yo quería sentirme como vos. Sabía que eras feliz con él, por eso nunca me interpose, pero entiende que yo era un pobre hombre, y me dolía vuestra felicidad.

Aquella noche, en que atravesé tu corazón, me invadió una claridad sobrecogedora. Comprendí de pronto que lo había perdido todo. Nunca me amé, siempre fui esclavo de mis locuras y, con tu muerte, mi vida ya no tuvo ningún sentido. Fui un muerto andante, un fantasma entre los hombres.

¡Lamento tanto lo que te hice! Perdóname, que yo no puedo hacerlo. Estoy sufriendo y

solo quiero huir de esta horrible pesadilla. Sé que por lo menos, a mi muerte, me llevaré el recuerdo de tu enorme alegría.

ISIDORO LARRALDE

—Yo, señorita —continuó—, lamento mucho lo que pasó con usted, estoy seguro de que usted era muy buena. Yo nunca sentí lo que es el amor, pero me alegra de que usted lo haya vivido. Quiero que hagamos un trato. Voy a salir de mi buhardilla, trataré de ser feliz después de tanto tiempo, y buscaré una mujer para compartir mis días. A cambio, quiero regalarle mi yegua. Lleva su nombre y es mi única amiga. Hace más de diez años que me acompaña.

En un movimiento triunfal, Facundo liberó a la yegua, que se alejó con un elegante trotecito.

Desde entonces, no hubo ningún otro suceso paranormal en la chacra. Puedo decir que me alegra que el animal esté aquí. Es cierto eso que dijo Facundo, le tomé cariño. Ya va un tiempo largo desde que pasó esto y muchas veces me parece que todo fue un sueño. Sé que Facundo conoció una joven y vive con ella. Eso también me alegra. Estoy contento porque Natacha y Aníbal están tranquilos, y yo puedo traer otra vez a mis amigas...

Pero me quedó una nostalgia escondida: la recuerdo mucho a Clotilde... la extraño.

Saqué los floretes, y hoy solo su retrato reina sobre la chimenea.